

Capítulo 35 - Luces Pálidas

Apenas eran las seis de la mañana cuando Maryam regresó a la cabaña.

Había sido enviada la noche anterior al capítulo para que descansara, a pesar de sus protestas. Que sus ojos se sintieran ardientes y que tartamudease al hablar no era motivo para que la colocaran sobre el hombro de un centinela y la llevaran a Meadow. O eso le habría gustado decir, pero incluso durmiendo sobre la hierba, rodeada de corrientes de agua, había tenido pesadillas vívidas sobre ser estrangulada y devorada viva.

El capitán Yue le ordenó, de manera 'accidental', que la despertaran de golpe muy temprano, y luego se disculpó preparando un desayuno que, en realidad, era una interrogación encubierta sobre cómo Maryam había logrado hacer un Sign la noche anterior.

Y Maryam había logrado un Sign. Y de carácter marino, nada menos. La euforia que todavía sentía por ello fue suficiente para que soportara la horrible papilla de arroz que Yue creía que era un desayuno edificante. Fue necesario un mar de té para tragarlo, pero al menos los Tianxi tenían lo mejor y ella se permitió sumergir en sus reservas personales.

“tengo una teoría,” musitó el capitán Yue. “Considere que está libre esta noche; me llevará algo de tiempo reunir los materiales necesarios.”

Maryam la miró con cierto desdén.

“La última vez que dijiste que tenías una teoría, casi me ahogo.”

El nudo que ataba las piedras a sus tobillos estaba demasiado apretado.

“Y de eso aprendimos que la entidad tiene un anclaje físico en ti,” comentó alegremente el capitán Yue. “¿No vale la pena vomitar un poco de agua salada?”

“Dime que esta vez no voy a ahogarme,” exigió Maryam.

La Tianxi reflexionó acerca de ello durante un tiempo incómodamente largo.

“No en agua del mar, creo,” dijo Yue.

“No en ningún tipo de agua,” insistió ella.

“Hay agua en casi todo, Maryam, no pongas dificultades,” se quejó el capitán Yue.

Así que Maryam tuvo la tarde libre, aunque aparentemente no era un día para banquetes, sino más bien para una última comida. No obstante, considerando que Song querría recuperar sus asuntos

del alijo en el almacén de los Nueve rápidamente, esta casualidad fue una suerte afortunada. Song también lo pensó así cuando la Ivzorica se unió a ella un rato en la cocina.

“Tristán también vendrá,” dijo Song. “Tendrá que cubrir un turno en el Chimerical mañana para compensarlo, pero Hage parece ser flexible en esos aspectos.”

El diablo, solía quejar Tristan, era flexible en todos los sentidos, salvo en lo que respecta a la remuneración. Apparentemente, había hecho todo lo posible por averiguar las tarifas habituales de los jornaleros sacromontanos para ofrecer mucho menos. Song bebió su té con un suspiro de placer. Los Tianxi le habían ofrecido una taza, pero Maryam ya estaba llena hasta el límite con la de Yue. Aun así, sonrió ante ese pequeño pero revelador detalle.

“¿Tristán ahora, entonces?” dijo Maryam.

Ya no Abrascal. No se molestó en ocultar su satisfacción, lo cual provocó que Song rodara los ojos.

“Hemos llegado a un entendimiento,” replicó Song. “No presuma sobre su duración ni su firmeza.”

Había una broma salada en eso, pero, lamentablemente, los Tianxi eran casi tan aburridos como Tristan en ese aspecto. Era una lástima que Tredegar se había pasado con los Treinta y Uno, Shalini siempre era buena para esas carcajadas. Someshwari afirmaba ser la amante más fina del mundo —solo en su región, por supuesto, no en esas otras ilusorias—, por lo que su humor tendía a ser más terrenal que el que los Tianxi o Lierganen permitían cuando estaban sobrios.

—Puedes sonreír de manera traviesa, sabes—le dijo Maryam.

Para su grata sorpresa, Song le mostró una sonrisa malvada.

—Puedes aplaudir—dijo su capitán.

Con los labios retorcidos en una expresión de diversión, Maryam le ofreció unas corteses ovaciones mientras la Tianxi hacía una reverencia teatral. No había visto a Song tan... relajada desde sus primeros días en la Madriguera, y incluso entonces había algo en su interior que coilaba debajo del humor. Los últimos días habían liberado algo en la otra mujer, y a Maryam no le desagradaba en absoluto.

—¿Dónde está Tristan, por cierto?—preguntó.

—En el jardín—respondió Song—. Debería estar sembrando las semillas de zanahoria ahora. Empezó a deshierbar antes de que me despertara.

Y Song no era una persona que se levantara tarde.

—Tristan, el agricultor—murmuró Maryam, levantándose de la silla—. Eso quiero verlo.

—Dile que se quite la tierra del cabello antes de la Teología—gritó Song.

Ni siquiera mencionó las rodillas esta vez. Song realmente estaba de buen humor. Abriendo la puerta principal, Maryam giró para contemplar la amplia extensión de tierra y verdor que conducía hasta el borde del lóculo en el que se encontraba su cabaña. Tristan caminaba de un lado a otro por un rectángulo de tierra despejada, con una camisa y pantalones holgados, una bolsa atada a su cinturón mientras tiraba semillas a puñados.

Su garganta se constriñó al verlo. Por un momento, estuvo bajando por la carretera del valle, mientras a lo lejos los campesinos araban la tierra antes de sembrar cebada y mijo. Casi podía escuchar las campanas de las vacas a lo lejos, oler el estiércol y el barro. Tragándose la sequedad en la garganta, Maryam lamiéndose los labios. Ay, chica tonta—se dijo—. Está más allá del mar, mucho más lejos. Déjalo donde debe estar, en la tumba.

Si quedaba algo del mundo que ella conoció en su infancia, solo lo encontraría más allá de las Puertas Rotas. ¿Qué le pasaba hoy? No había tenido esa pesadilla desde que dejó las tierras bajas. ¿El Signo había soltado algunos recuerdos de su hogar? Forzándose a respirar profundamente, alcanzó la comodidad más cercana a su alcance.

—¿No debías arar la tierra primero?—le gritó—. Ya estás tomando atajos, Abrascal.

Tristan, que por una vez parecía no haberla oído acercarse—probablemente Fortuna le susurraba en el oído—, se giró sorprendido. Luego, sus palabras calaron y se indignó.

—No es necesario con las zanahorias—respondió, poniendo tono de defensa—. Las semillas son lo bastante pequeñas para esparcirlas a voleo.

Ellasonrió y se acercó, pues olía a sangre en el agua. Se quedó en el borde del amplio rectángulo de tierra apisonada que él había delimitado en respeto a sus esfuerzos, aunque.

—¿Sembraste muchas zanahorias en Sacromonte?—preguntó con tono burlón.

—Lo leí en un libro—repuso Tristan con desdén—. Además, ¿quién eres tú para darme consejos? Si has tocado una arada en tu vida, me comeré el resto de esta bolsa.

Sacudió la gruesa y alegre tela, que al menos estaba a la mitad llena, y aunque la idea de alimentarlo a la fuerza como a un ganso podía parecer divertida, no era del todo incorrecta. ¿Había Maryam tocado alguna vez una arada? Había ceremonias de tierra anuales, pero sus hermanos mayores siempre hacían la aradura simbólica de la tierra en primavera.

—Mi familia vivía del comercio—defendió finalmente—. No de las tierras.

—Y aun así te metes en mis asuntos—replicó con desdén—. Como siempre, la humilde campesina—pilar de este país, y en realidad de todos los países—

—¿Pagaste por ese libro? —preguntó Maryam con desafío.

—No tengo por qué responder a eso —repuso Tristan de inmediato.

—El discurso no funcionaría igual si comenzara con ‘el humilde ladrón’, ¿verdad? —comentó Maryam.

Él apartó la vista, pero no antes de que ella atrapara el borde de una sonrisa en su rostro. Para alivio de Song, no había suciedad en su cabello, aunque sin duda había hecho las tareas de desyerbe en sus rodillas antes de comenzar a sembrar. La nuca le brillaba con el sudor, aunque. Era atractivo, en una especie de torpe desaliño. Y además, muy diferente a él, pues Tristan era, hasta la médula, un hombre de ciudad.

—Vas a oler a sudor toda la mañana si no te duchas —advirtió Maryam.

El hombre de ojos grises giró el hombro.

—Eso era bastante el objetivo —admitió.

Ella inclinó la cabeza con expresión pensativa.

—Pensé que Song finalmente había conseguido caer en tu buena gracia.

—No se trata de ella —desestimó Tristan—. Anoche tomé drogas y quiero eliminarlas con el sudor. El trabajo en el campo es tan buen medio como cualquier otro.

Su ceja se levantó.

—¿Era tan peligrosa la mezcla?

—Había amapola —respondió él.

—Ya te he visto tomar amapola antes —apuntó Maryam—. Todo el mundo la usa —mi mentor me dijo una vez que los Navegantes aún no han encontrado un territorio donde no se utilice.

—Eso no la hace menos peligrosa —replicó Tristan con franqueza—. En el Murk, venden amapola en pequeños bastones secos, llamados clavitos. Clavos. Porque triturar y fumar uno es como poner un clavo en tu ataúd.

Frunció el ceño.

—La amapola te atrapa, Maryam, como pocas otras cosas.

Por mucho que Song hiciera bromas a medias en broma sobre su pulcritud, Tristan quizás era el hombre más ordenado en sus hábitos personales que la Izvorica había conocido. Nada de bebidas ni drogas, rechazaba el juego y desaprobaba el despilfarro. Eso le hacía pensar que sus palabras solo eran una continuación de sus costumbres, pero había algo en su rostro... Una tensión alrededor de los ojos, una media sonrisa apretada.

Tristan no hacía conjeturas, hablaba desde la experiencia. Y aquella experiencia, sea cual fuera, todavía le inquietaba.

—Lo aceptaré, aunque he visto ataúdes de demasiados que usaron eso, sellados por completo, para estar contento con ello. Cuanto antes elimine las impurezas de mi cuerpo, mejor será.

Ella asintió lentamente. Debe haber sido alguien que conocía, pensó Maryam. Además, era un consejo sabio, más allá de la amapola. Algunas ceremonias de los Nueve —las del Ninefold— incluían beber vino de jengibre alucinógeno o consumir hongos visionarios, y se sabe que ciertos practicantes llevan esas sustancias con excesivo ímpetu —a menudo enloquecen, destrozando sus mentes. Una enfermedad de la voluntad, la llamaba su madre.

El ladrón se recostó hacia atrás, alcanzando la pequeña cadena de latón que sobresalía de su bolsillo para sacar el reloj de Vanesa.

—Va con retraso —dijo Tristan—. Debería detenerse y lavarse.

Asintiendo distraídamente, la mirada de Maryam se desvió hacia un lado. Algo se había movido. ¿Viento en los árboles? No, más arriba. En la azotea, cerca de la torre de observación, vio otro temblor de movimiento. Un ave, comprendió. Grande, con plumas negras y vetas blancas en su costado y espalda. Un latido después, ya se había ido, ocultándose en un pliegue del techo. ¡Qué encantador! Tendría que investigar qué especie era. A Maryam siempre le había gustado alimentar a las aves.

¿Maryam?

Ella negó con la cabeza y se volvió para enfrentarse a su amiga.

“No entendí eso,” dijo ella.

“¿Has pensado en qué harás con tu herida?”

Ella inclinó la cabeza a un lado.

“¿Mi herida de qué?”

Tristan sonrió ampliamente.

“Ah, Song no te lo ha contado aún,” dijo él. “Qué mujer tan lista, se llevó parte del pago antes de que la Guardia se quedara con el resto. La tercera parte que le prometieron.”

Eso era, en verdad, una noticia alegre. Siempre y cuando nadie pensara en pedírselo de nuevo, por supuesto.

“¿Cuánto?” preguntó Maryam.

Había que conseguir otra capa con capucha, y quizás un hacha de lanzamiento adecuada. Las hachas de las armerías de la Guardia estaban bien equilibradas, pero no hechas para ese uso.

“Es mejor cuando lo ves en negro,” musitó Tristan. “Vamos, Khaimov, voy a hacer que tengas un buen día.”

--

La profesora Artigas era una oradora talentosa y su tema, lejos de ser aburrido —el éter, tanto en sus propiedades como en el reino del que emanaba—, pero Angharad encontraba que su atención se disipaba una y otra vez.

Su descanso había sido inquieto, yendo y viniendo durante horas, y mirar el techo no ayudaba a aliviar sus temores. Debía hablar con Imani Langa, con urgencia. Solo el ufudu podría darle respuestas. Sin duda, Imani entendería que la partida hacia Asphodel cambiaba las cosas. Era un alivio que terminara la clase, liberando a Angharad de la culpa de ser una mala estudiante.

Los ancestros, la Escuela Scholomance exigía tantas lecturas. Al menos, el mariscal de la Tavarin parecía recordar para qué servían los vigilantes. Rong casi vibraba de emoción cuando la profesora Artigas los despidió, solo una mirada de advertencia de Ferranda deteniéndolos de pedir una introducción al tío Osian.

Mencionar la llegada de su tío en el desayuno los animó tanto a Rong Ma que apenas tocaron su cuenco, en su lugar haciendo pregunta tras pregunta —pocas de las cuales Angharad podía responder, ya que su tío había sido casi un extraño en la Casa Tredegar mientras crecía. Tendría que averiguar qué es una nave de fuego, y si era cierto que su tío había navegado una hacia la fauces del Hull-Breaker. Quizás Rong incluso le ahorraría la molestia de preguntar. Angharad había ofrecido una introducción, hace tiempo, y la entregaría. Pero no hoy.

Aún no estaba lista para mirar a Osian Tredegar a los ojos.

Ferranda se quedó atrás después de que los demás guardaron sus cosas, la infanzona de cabello rubio fijo en ella, con una expresión severa. Angharad se enderezó. El rostro de Ferranda Villazur era sencillo, pero adecuado para transmitir gravedad.

“Algo ocurrió anoche,” dijo Ferranda, sin que fuera una pregunta. “¿Debería preocuparme?”

Angharad hizo una pausa, eligiendo cuidadosamente sus palabras antes de responder.

“Mi tío ha hecho arreglos que van en contra de mis deseos,” admitió. “Debo investigarlos más a fondo, pero tal vez no pueda unirme a los Tretenta en fin de mes.”

Los ojos de Ferranda buscaban algo en el rostro de Angharad. Tras unos momentos, asintió.

“Mantenme informada,” dijo ella, y después de dudar, continuó. “¿Necesitas ayuda?”

Es posible que solo me queden semanas para lograr lo que debería haber sido la labor de un año entero, pensó Angharad. La ayuda es una palabra demasiado débil para lo que realmente necesito.

“Todavía no estoy segura,” respondió en su lugar.

Ferranda no insistió más. La mirada de Angharad se desvió de ella hacia otra mesa. La Brigada Trece parecía agotada, pero también con buen ánimo. Song sonreía ante algo que Maryam decía, mientras Tristan rodaba los ojos en ambas direcciones. Sintió un pellizco al verlos. Había sido liberador dejar atrás la cabaña, como tener el viento a su favor.

Ahora parecía que ya no era ella quien gozaba del favor del viento.

“Se rumorea que estuvieron involucrados en un enfrentamiento anoche,” susurró Ferranda en voz baja. “Algo en el puerto que implicó a los Cuarenta y Nueve.”

El mismo grupo de los Cuarenta y Nueve que hoy había estado ausente en clase. Angharad no le había mencionado a la infanzona la recompensa puesta sobre Tristan, ni a quiénes la cobrarían, pues no era asunto suyo compartirlo. La enemistad entre el Decimotercer y el Cuarenta y Nueve era de conocimiento público — aunque no las causas.

“Parece que les fue bien al final,” dijo Angharad.

Se alegraba de ello. Servirse de un compañero por una cuestión tan mezquina como la plata carecía de honor, y los del Cuarenta y Nueve habían sido los más avidamente interesados en esa mancha negra.

“Song es del tipo de mujer que siempre sale airosa,” anotó Ferranda. “De otra forma, nunca habría llegado a la Scholomance.”

Eso no era del todo falso. Y sin embargo, — pensó Angharad — Song se dice capitana, pero guarda en secreto una maldición que podría dañar a todos los que están bajo su mando. La Pereduri no era tan hipócrita como para culpar a otra por mantener secretos, pero los suyos no eran una maldición literal que pudiera propagarse a los demás. Solo ella y todos los miembros del Decimotercer, salvo ella, sabían de ello, una vez más demostrando que ella era la única tonta en ese refugio.

Al menos Tristan parecía haberse enterado por sus propios medios. A Angharad le costaba mucho enfadarse con un Mako que descubría secretos.

“Ella es una de esas con las que necesito hablar,” admitió Angharad. “Su tío y el mío cerraron un trato.”

“Ah,” susurró Ferranda. “Ese tipo de acuerdo.”

No respondió, dejando que la infanzona interpretara sus palabras como quisiera. La Decimotercera se volvió hacia ella, con Maryam endureciendo el rostro, la mano de Tristan desapareciendo bajo la mesa, pero fue recibida con asentimientos corteses, aunque sin demasiado entusiasmo. Ella devolvió los gestos con cierta rigidez.

“Song,” dijo Angharad después, “necesito hablar contigo.”

La Tianxi la miró con ojos plateados, estrechos.

“¿De qué continente?”

Angharad frunció el ceño, preguntándose si esa otra mujer estaba haciendo el ridículo o simplemente aún no había recibido noticias de su benefactor. Si el coronel Zhuge no había acudido a Tolomontera en persona, suponía que todo el asunto sería confiado a una carta.

"Es mejor no hablar de estos asuntos en público," finalmente dijo. "¿Qué tal una reunión en Las Bóvedas Esmeralda esta noche?"

"Yo tengo otros compromisos," respondió Song con serenidad. "Pero mañana por la noche me viene bien."

Angharad asintió, despidiéndose tras acordar los detalles para el día siguiente en el departamento de Guerra. El resto del grupo de la Trigésima Primera había avanzado ya, pero ella caminó con Ferranda hasta las puertas principales, sin ganas de conversar, cosa que la otra mujer percibió y respetó. Ferranda Villazur no temía los silencios, en consonancia con su destreza como cazadora.

Cuando salieron a la plaza, Angharad se excusó, diciendo que buscaba a Salvador. Lo cual era cierto, pues su compañero Skiritai seguramente la guiaría hasta a quien realmente necesitaba: a su capitán, Imani Langa.

El Sacromontano solía esperarla en la plaza, para que ambas — y a veces Shalini —partieran hacia el Acallar juntas. Hoy no fue la excepción, aquel hombre taciturno sentado en el banco junto a la estatua de algún antiguo rey Sologuer, aunque no estaba solo. Imani Langa leía su presencia junto a él, con un uniforme de civil ajustado, susurrando en voz baja mientras Salvador asentía. Ambas cabezas se elevaron al ver su acercamiento.

—¡Ah, Angharad!—sonrió Imani—. Solo la mujer que buscaba en este momento.

—Imani—respondió ella con serenidad, apretando el estómago—. Salvador.

El Sacromontano asintió con la cabeza, then se levantó. Lanzó una mirada a Imani, cuya expresión permanecía serena y amable, after which he offered a nod of despedida a Angharad before turning on his heels and marchar con paso firme. Esperaron hasta que hubo desaparecido para volver a hablar.

—Siéntate conmigo, Angharad—dijo Imani, bajándose a la banca.

—De pie, también sirve—replicó ella.

—Siéntate conmigo—insistió Imani—y sonríe, para no llamar la atención.

A regañadientes, Angharad lo hizo, asegurándose de mantener cierta distancia entre ellas.

—Anoche llegó mi tío—dijo.

—Lo he oído—respondió Imani con indiferencia—. Y la Decimotercera se dirige pronto a Asphodel.

—Y tú también—aclaró Angharad.

—Y la Cuarta—asintió Imani—. Pero ya no la Cuadragésima Novena, me han dicho. Se disolverán. Creo que la Ninetezima será la siguiente en esa lista.

La Pereduri frunció el ceño, tratando de recordar la última vez que habló con la líder de la Ninetezima. ¿Capitán Tozi, fue? La mujer con ese corte de cabello Izcalli, exactamente.

—No conozco los detalles—dijo Angharad—. Pero estaremos fuera de Tolomontera durante meses.

—¿Nosotros?—dijo Imani con ligereza—. Creí que tenías intención de transferirte al Trigésimo Primero.

—Las circunstancias han cambiado—explicó Angharad—. Mi tío hizo arreglos. Iré a Asphodel.

Imani se recostó contra la banca, relajándose.

—Sonríe, Angharad—dijo—. Como si coquetearas con una chica bonita, no buscando una excusa para atacarme.

La noble respiró profundamente, forzándose a calmarse. Solo entonces Imani continuó.

—Es una decisión audaz—comentó Imani—. Pero tú decides. Sin embargo, me parece un error postergar tu labor hasta los últimos meses del año. Cuando los otros cabales están de misión, muchos ojos estarán en ti.

¡Madre mía! Eso ni siquiera se le había ocurrido. Si todos se iban casi al mismo tiempo, ¿quedarán en Tolomontera qué... veintiocho estudiantes? Como insinuaba Imani, sería cosa de devil para moverse sin ser visto. Y probablemente necesitaré la ayuda de un Navegante. ¿A cuántos con capacidad para pedir ayuda siquiera quedarán? Ni Tupoc ni Maryam estarían dispuestos a echarme una mano, y menos si pudieran.

—Necesito más tiempo—dijo Angharad—. Parto en pocas semanas, y si lo que tú afirmas acerca de que el fin del año...

—Entonces transfiere—respondió Imani.

—Habría consecuencias—advirtió Angharad—. Para mi tío.

—Eso suele suceder cuando se toman decisiones—replicó Imani—. Tienes hasta fin de año, Angharad. Eso no cambiará.

Apretó los dientes.

—¿No comprendes...?—comenzó a decir.

—Eres tú quien no entiende—interrumpió Imani Langa con fría tranquilidad—. Te ofrecieron un acuerdo y lo aceptaste. Ahora te das cuenta de que tu decisión tiene costos, y te rehúsas a asumir las consecuencias. No es tragedia, es un berrinche.

—¿Y entonces veré a mi tío enterrado y degradado por tu causa?—preguntó Angharad con rabia.

—Por obtener ayuda de la Casa del Mancillo—corrigió Imani—. A menos que creas que puedas traspasar las murallas de Tintavel sin nuestra ayuda, una fortaleza de la que nadie ha conseguido escapar.

—El príncipe Wandile sí—respondió Angharad con tristeza—. Después de que su padre lo envió allí para que muriera.

Así transcurría el relato de La Locura del Rey Issay. El propio Rey del Infierno lo sacó a escondidas después de que Wandile jurara levantarse en rebelión contra su padre, sembrando discordia y, con ello, empujando las semillas de la caída de su gran reino. Algunos sostenían que esa parte de la historia era una alegoría de actuar con mala asesoría, y Mother había sido firmemente de esa opinión, pero Angharad no perdería la oportunidad de corregir a Imani si lo consideraba una mentira.

"Salvo por un antiguo príncipe, si uno llega a creer que esa parte del relato es literal," Imani desestimó con un giro de ojos. "¿Crees que tu situación mejoró con esa corrección?"

"No empeoró," respondió Angharad, apretando la mandíbula. "No haré daño a mis propios parientes por las promesas que la Casa de la Mano Izquierda me presenta, Imani."

Ella no era tan tonta como para no darse cuenta de que el ufudu quizás solo pretendía jugarla y luego dejarla libre. ¿Qué recurso le quedaría si eso hicieran?

"¿Y si tu padre muere en una fría y oscura celda en Tintavel, eso contaría como daño?" preguntó Imani con tono moderado.

La mandíbula de Angharad se apretó. Se obligó a no alcanzar su daga.

"No me empujes demasiado lejos, ufudu," dijo ella.

"Entonces no malgastes mi tiempo," replicó Imani. "Ya es demasiado tarde para echarse atrás, Angharad. Solo con aceptar mi oferta te has hecho cómplice a ojos de la Guardia."

"De igual manera, puedo entregarte," dijo Angharad.

"Puedes," estuvo de acuerdo Imani. "En ese momento, me rendiré, me harán prisionera y me mantendrán en una celda hasta que la Casa de la Mano Izquierda me intercambie por un agente krypteia capturado. Tú, por otro lado, serás añadida a la lista de buscados a simple vista en Malan, y la Casa de Tredegar se desmoronará en polvo mientras tu padre pudre en una celda."

La ufudu se levantó.

"El fin del año, Angharad," repitió. "No habrá demora."

Una sonrisa, tan vacía como las anteriores.

"Aún así, reconozco que han cambiado tus circunstancias. Por ello, te ofrezco ayuda."

Metiendo la mano en el bolsillo, Imani sacó un papel doblado y se lo ofreció. Angharad, frunciendo el ceño, lo tomó.

"¿Qué es esto?" preguntó, sin abrirlo aún.

"Un mapa," dijo Imani. "Tu cabalista, Abrascal, desapareció luchando contra el Cuarenta y Nueve y reapareció del otro lado de una línea roja. Solo hay una forma sencilla de explicar eso."

"Él cayó en la capa," confirmó en voz baja Angharad.

"El mapa lleva a la casa que se derrumbó durante la pelea," dijo Imani. "Un buen comienzo, creo, para tu búsqueda."

Y con sus palabras, se marchó. Angharad permaneció en el banco mientras la otra mujer se alejaba, ignorando sus despedidas mientras miraba el papel doblado en sus manos. Por más que lo pensara, que diera vueltas a las piezas buscando diferentes ángulos, solo había una forma de terminar esto sin traicionar ni a su tío ni a su padre.

Necesitaba conseguir el Yunque Infernal antes de que partieran los barcos hacia Alhóndiga.

--

Song no tenía intención de quedarse mucho tiempo en las Galerías.

Devolvía un libro que había tomado de la biblioteca privada, pero decidió por capricho subir al nivel más alto para echar un vistazo a las recompensas. La Decimotercera aún no había reclamado las de esta semana, aunque le parecía que tomaría una de las fáciles, como la de la semana pasada. Los instructores de Guerra tenían una recompensa recurrente para limpiar sus campos de entrenamiento de nidos de lemures, que no valían mucho pero podían completar en cerca de una hora.

Había cuatro de estos campos de entrenamiento, uno por cada contingente, y la recompensa siempre se volvía a poner disponible en un par de días tras ser reclamado: casi siempre había una lista para tomar.

Al no haber clases en la Academia esa tarde, la sala casi estaba vacía, solo cuatro otros Oficiales estampados en torno a una mesa. Dos de ellos le eran conocidos, la Capitán Anaya del Vigésimo Tercero y la Capitán Philani del Trigésimo Octavo, pero apenas conocía a los demás de pasada. Esto hacía que su mirada fija fuera aún más sorprendente. ¿Se había difundido ya la noticia del altercado con el Cuarenta y Nueve? Song esperaba que la guarnición tuviera un control riguroso durante los primeros días.

Era para sonrojarse que una nave, con la intención de traficar con una estudiante del Vigilante, hubiera sido permitida permanecer atracada por razones tan frágiles.

Un vistazo al bar le indicó que el sirviente habitual había desaparecido, sustituido por la propia Coronel Cao. La instructora de Oficiales Estampados se encontraba tras la barra con una botella y una taza, escribiendo en un delgado manuscrito. Generalmente, era mejor no molestarla sin razón, así que Song desvió rápidamente la mirada. Ignorando las miradas persistentes de los demás, se dirigió a la pizarra de recompensas y revisó rápidamente su contenido.

Otra de las recompensas por cazar a los Skiritai había desaparecido, y aún más interesante, una de las de los Tinker. Alguien estaba siendo audaz. Recuperar viejos materiales de ruinas en el noroeste pagaba muy bien si se lograba con éxito, pero asimismo implicaba el riesgo de volver sin nada, mientras un ataque de lemures era una certeza casi segura.

Como era de esperar, una patrulla de Guerra había regresado, pero no le sorprendió que no la hubieran tomado. Se trataba de la exploración por el campo de las cintas rojas, que se encontraba más profundo en los terrenos de Scholomance, atravesando un pequeño matorral. No solo llevaba más tiempo recorrerla, sino que en esa ocasión también había lemures esperando en emboscada.

Eso fue suficiente para que reconsiderara: el brazo de Song ya casi sanaba, pero después de la noche anterior estaba dispuesta a poner en pausa la emoción por un tiempo.

Mientras se preguntaba si debería en lugar de eso tomar a alguna patrulla de la guarnición —nunca demasiado tiempo, pero sería una ruleta donde o dónde terminabas contigo mismo solo ganando diez cobre por cabeza—, escuchó pasos acercándose. Se giró para obtener una vista y descubrió que era la Capitán Anaya. La Someshwari era por hábito una seriedad, pero en su rostro se dibujaba una sonrisa cuando llegó. Interesante.

“Capitana Song.”

Una mano se ofreció, y ella la tomó.

“Capitana Anaya,” respondió, estrechándola con firmeza. “¿En qué puedo ayudarle?”

La mano se soltó.

“Solo vine a ofrecerle mis felicitaciones,” dijo la Capitán Anaya.

Song arqueó una ceja.

“¿De qué?”

La teología de esa mañana no le había hecho pensar que ya se rumoraba acerca del Cuarenta y Nueve, pese a que su ausencia generaba miradas de interrogación entre los del Thirteenth, así que mejor sería enterarse de qué rumores circularan. Solo la Someshwari levantó una ceja, con un movimiento brusco hacia la pizarra detrás de ellas. No, pensó Song al mirar allí; no era la pizarra sino la tabla con las puntuaciones. Ahora había veinticuatro nombres anotados, quienes lideraban,

pero el puesto más alto había cambiado desde ayer.

SONG REN – 23

Fue toda su fuerza de voluntad la que le impidió mostrar alguna reacción. La mano sobre la cinkel.

“Ah,” dijo ella. “Eso.”

Debajo de ella, los nombres habituales no habían cambiado. Vivek Lahiri con seis y Sebastian Camaron con cinco. Ayer, Song había ocupado el sexto puesto, después de que Nenetl Chapul la hubiera superado con cuatro puntos, y otros capitanes habían ido alcanzando su puntuación de tres. Había, en solo una noche, casi cuadruplicado la puntuación del ahora segundo lugar.

—¿Hay alguna verdad en los rumores sobre la participación del Tirzón en el altercado en los muelles?—preguntó la capitana Anaya con actitud despreocupada.

Entonces, una expedición pesquera.

—Eso lo debe anunciar la guarnición—respondió Song.

El ceño de otro capitán se levantó. No fue una negación, que sería una buena confirmación, pero también sirvió como advertencia para no hacer más preguntas. Song dio un paso adelante, tomando una de las recompensas de patrulla —ahora que conocía el saldo— y asintió hacia Anaya.

—Siempre un placer—dijo.

—Como usted diga—asintió la capitana Anaya.

El personal de las Galerías debía ser informado cuando la mayoría de las recompensas eran entregadas, para que posteriormente se comunicara a quienes las habían puesto en juego. En este caso particular, para que la guarnición pudiera decidir cuándo al día siguiente el Tirzón sería incluido en su horario de patrulla.

Dado que solo había una persona así en ese lugar, ahora tenía una excusa para acudir ante el coronel Cao.

Se deslizó en un asiento que miraba hacia la otra Tianxi, esperando a que el coronel terminara de trazar sus caracteres. Chunhua Cao levantó la vista después de un momento, aparentemente sin sorprenderse por la presencia de Song.

—¿Recompensa?—preguntó.

Song le entregó la hoja de patrulla. La coronel la tomó, buscó en un libro de registros debajo del mostrador y lo arrastró hasta abrirlo. Hizo una nota rápida en el interior.

—El aviso llegará a Capitán Wen antes de las siete respecto al calendario—dijo—. Asegúrese de consultarlo con él.

—Lo haré—dijo Song, tragando saliva—. Señorita, ¿puedo preguntar algo?

—¿Puedes preguntar?—replicó con sequedad la coronel Cao—. Bueno, intenta preguntar.

—Mi saldo—comunicó Song.

—Le dijeron en su primer día aquí que yo asignaría puntos y los otorgaría a mi criterio—dijo la coronel—. Dependiendo de si logra impresionarme o horrorizarme.

Como ella misma había mencionado, los puntos dependían de si lograba impresionarme o espantarme.

—Así que los puntos corresponden a anoche—afirmó Song.

La coronel Cao golpeó los dedos contra la encimera.

—Desmantelaste una red de tráfico que operaba ocultamente tras la guarnición y, lo más importante, lo hiciste dejando supervivientes para ser interrogados y así obtener pruebas concretas—dijo la coronel.

—No lo hice por sumar puntos—admitió Song con sinceridad.

—No—dijo la coronel—, lo hiciste para evitar que tu grupo te explote en la cara. Pero eso no importa, Ren, porque al final de cuentas, lo que hiciste fue beneficioso para la Guardia.

Sonrió con una sonrisa contenida.

—Por eso te dan veinte puntos en lugar de cinco—explicó la coronel Cao—. Porque dejaste un poco de nuestra saña, contribuiste a mantener el orden, y eso vale más que una docena de recompensas.

Se sirvió otra taza.

—Has hecho un buen trabajo—dijo Chunhua Cao—. Tenía mis dudas cuando me dijeron que una de los Ren sería parte de nuestro primer grupo, pero no has fallado bajo presión—al contrario, parece estar elevando tu nivel.

Song tragó saliva.

—Gracias—logró decir.

—No me des las gracias—repuso la coronel con tono burlón—. No te ayudaré si tropiezas. Eso iría en contra del propósito de esta clase.

Ella bebió un sorbo de licor.

—Sé que has estado investigando la historia de Asphodel—dijo la coronel Cao.

Por recomendación de Wen, dado que la prueba sería en esa misma isla. Y ella sospechaba que Chunhua Cao lo sabría.

—Es una lectura fascinante—respondió Song, quizás menos honesta de lo que parecía.

—Para una Laurel, quizás—bufó la coronel Cao—. Es una idea sensata, pero te recomiendo que tomes otros dos libros al salir de las Galerías.

La mujer de edad avanzada volteó la hoja de recompensas y rápidamente escribió dos títulos en Cathayan: *Comercio en el Trebian*, *Edición Novena de Velas y Actuaciones de Equilibrio*. Solo añadió un autor al segundo, “Inez Espinoza”.

“Encontrarás los registros comerciales en la sección de archivos,” dijo ella. “Es una cuenta de Arthashastra de volúmenes estimados y bienes comerciados en el Mar Trebian, y entre quiénes, durante la última década del Siglo de las Velas.”

Eso parecía bastante interesante, en verdad. Song aclaró su garganta.

“¿Y el otro?”

“Inez Espinoza es probablemente la mente política más sobresaliente que haya producido Old Saraya,” dijo el Coronel Cao. “Escribió *Actuaciones de Equilibrio* tras pasar veinte años como primera regente y luego mano derecha de su sobrino, así que su análisis del equilibrio de poder en el Mar Trebian es afilado hasta el punto de cortarte.”

Sus labios se retorcieron ligeramente.

“También es bastante despectiva con la Guardia, lo que no la hace menos precisa.”

“Tenía la impresión,” dijo Song lentamente, “de que Asphodel se está convirtiendo en una zona marginal. De poca importancia para cualquiera, salvo sus antiguos rivales Raseni.”

“Vivimos tiempos interesantes, Ren,” sonrió Chunhua Cao, y esa sonrisa no era nada agradable. “No amables ni buenos, pero ciertamente interesantes.”

Ella sopló sobre la tinta, cerró el libro mayor de antes y lo guardó.

“Solo es una recomendación,” dijo el coronel. “Haz lo que consideres conveniente.”

Song interpretó eso como una despedida. Recogió los libros al salir, pero mientras tanto una pregunta seguía rondando en su mente. Wen le había recomendado estudiar Asphodel en preparación para el lejano examen anual, entonces ¿por qué ahora el Coronel Cao parecía convencido de que Song debería empréstar los libros hoy mismo?

--

El Capitán Wen Duan era como un sabueso de trufas en busca de pequeños y apetitosos puestos de comida. Para cuando terminó su tiempo en Scholomance, Tristan estaba firmemente convencido de que el Tribunal Trece lo había cazado en todos los mejores puestos de comida en Port Allazei. El hombre corpulento mordió su tartaleta de huevo, devorándola con un ruido indecente. Luego recordó que debía despreciarlos.

“¿Qué soy, tu secretario?” se quejó el Capitán Wen.

Wen Duan siempre se quejaba, había aprendido Tristan. La clave estaba en leer el matiz de su queja. Las señales estaban allí si sabías buscarlas. El Tianxi con sobrepeso comía, lo cual no era raro, pero tragaba antes de responder —lo cual normalmente no hacía cuando buscaba enojarte. Wen era siempre más desordenado cuando iba a ir a por la garganta.

Algunas cosas que Tristan había visto hacer a ese hombre a churros, deberían estar prohibidas bajo los Acuerdos de Iscariot.

“Eso no me atrevería a afirmar,” respondió Song con serenidad. “Te desharé de la carta inmediatamente, si me lo permites.”

Parpadeó a través de sus gafas, como si inspeccionara las palabras en busca de algo que ofenderse y no lograra encontrar. Tristan se aseguró de no mirar demasiado de cerca al hombre, pues la forma en que la pequeña panadería parecía quedar reducida a su mesa podía hacer que le tiemblen los labios. La duplicaba en tamaño y debió haber tenido problemas para meterse en la esquina.

“Cartas, en realidad,” gruñó Wen.

Inhaló el resto de la tartaleta de huevo, masticando con entusiasmo.

“Todos los coroneles, Ren,” añadió. “La guarnición envió el cronograma del patrullaje, pero también tienes una carta de la Rookery.”

La segunda señal de que Wen estaba de buen humor, notó Tristan, era que a pesar de que se quejaba de algo por lo que no tenían ninguna culpa, en realidad no les bloqueaba. Les proporcionaba información relevante y pronto deslizó las dos cartas sobre la mesa para que Song las tomara. Tristan almacenó que el tío abuelo de Song, cuyo rango ella había mantenido en la oscuridad, era un coronel en la Rookery.

Esa no fue una pequeña conexión. El profesor Iyengarles había enseñado que el coronel era el rango más alto al que la mayoría de los militares podía aspirar en su carrera. En la guarnición, solo había tres rangos superiores — teniente general, brigadier y mariscal — mientras que en las compañías libres solo existían dos. Se argumenta incluso que solo uno, ya que ser capitán responsable era lo mismo que ser capitán general de una compañía libre, pero con un mando ya sea demasiado pequeño o demasiado reciente para merecer representación en el Cónclave.

Eso, y ser un coronel no en un miserable promontorio rocoso, sino en la Rookery misma, el corazón de la Guardia, significaba que el patrocinador de Song no era un alguien con quien jugar a la ligera.

El Cónclave solo se reunía dos veces al año, pero un coronel permanecía en la isla-fortaleza todo el año. Allí, se podía ejercer mucha influencia, si uno era medianamente astuto.

Dudaba que Song llegara a mirar tan descaradamente a un tonto, así que preferiría pecar por astucia.

“Gracias,” respondió cortésmente Song, reclamando las cartas.

Guardó la que llevaba el sello de correspondencia formal, en su lugar abrió el simple papel doblado del instructor de la Stripe. Su ceja se alzó, pero su expresión fue de satisfacción. Él hizo un gesto de pregunta.

“Tenemos Templeward de este a oeste, empezando a las seis mañana,” dijo.

Ahora bien, pensó Tristan.

“Eso no es un trabajo que te haya asignado tu instructor; es un desfile de victoria,” afirmó.

“Chunhua Cao no selecciona los horarios de patrulla,” corrigió Wen. “Darte semejante favor es un mensaje de la guarnición.”

Disgustó a otro tartán. Tristan observó su vientre redondeado, preguntándose cómo podía haber tanta rencilla allí, con las comidas que consumía. Tras un trago demasiado ruidoso, Wen aclaró su garganta.

“Sería una mala imagen para ellos si la nave se escapaba con Tristan, así que en este momento tienes buena relación con los oficiales,” explicó el hombre con gafas. “Incluso, suficiente como para que nadie haya pensado en preguntar si los seis rollos de oro que se colectaron eran todo la recompensa.”

Song se quedó inmóvil.

“¿Seis?”

Wen frunció el ceño hacia ella.

“Seis,” repitió.

“Entonces alguien se tomó uno,” dijo ella.

Para Tristan, era muy halagador que alguien estuviera dispuesto a invertir el equivalente a quinientos ramos en secuestrarlo. Si contáramos todo lo que Tristan había poseído en su vida, no llegaría a la tercera parte de esa suma. La temeridad del gasto era tan evidente que el ladrón decidió tomarse la molestia de conseguir un veneno particularmente cruel para alimentar a esa persona misteriosa, como una forma de demostrar aprecio.

“No será un hombre de la guarnición,” reflexionó Wen. “Si alguno se deja pillar ayudándose a sí mismo en una situación como esta, sería expulsado del ejército.”

“Entonces debe ser alguien del Cuarto,” dijo Song, y luego pareció tragar un limón. “Tupoc Xical saltó a la nave conmigo, no puede ser él.”

Wen encogió los hombros.

“No vale la pena seguirle la pista,” afirmó. “El Cuarto tiene derecho a darse un festín, habiendo participado del lado correcto. No están en tantas bocas, pero en las bocas sí están.”

El roedor solo podía admirar la infalible capacidad de Xical para terminar siempre teniendo a los enemigos adecuados en el momento justo. Sin duda, ayudaba que el hombre tuviera tantos enemigos, pensó Maryam, aclarándose la garganta.

“Esa noche hubo otra alianza secreta,” recordó a Wen. “¿Podría preguntar qué obtuvieron a cambio?”

Eso captó su atención lo suficientemente bien.

“Eso todavía está en duda,” respondió el hombre corpulento. “El Cuarenta y Nueve se disolvió, eso es seguro, pero escucho que las penas están siendo discutidas acaloradamente.”

Se recargó contra la pared.

“La mayoría del tiempo, traicionar a uno de los nuestros te cuesta la horca rápida y la detención sorpresiva,” dijo. “Pero Tolomontera tiene solo tres reglas, por diseño, y ninguna de ellas prohíbe esto. Así que hay algunos que piden indulgencia.”

El estómago de Tristan se tensó. Song había contado cómo Muchen He y la capitana Ramona quedaron mutilados, pero con Lady Knot cerca eso solo significaba tanto.

“¿Cuánta indulgencia?” preguntó.

Wen le lanzó una mirada que casi parecía tranquilizadora. Era una visión angustiosa.

“No tanta,” dijo. “La chica Ramona y Tengfei Pan tenían tratos con externos para venderte. Reciben contratos de catorce años en una compañía libre de la Desolación, y si sobreviven, su expediente queda borrado.”

Tristan hizo una mueca de dolor. Apenas sentía empatía por cualquiera en el Cuarenta y Nueve, pero la Desolación era una pesadilla viviente — llanuras interminables de ceniza y polvo merodeadas por dioses y monstruos locos que crecían como montañas. La constante necesidad de patrullar esa frontera, muchos coincidían en ello, era la principal causa de que el Imperio Someshwar no haya absorbido a sus vecinos más pequeños antes de que se consolidaran en estados sucesores demasiado grandes para ser fácilmente aplastados.

“Son los otros tres los que causan alboroto,” continuó Wen. “Formaron parte del trato, pero no lo firmaron. Ha habido discusiones para expulsarlos, pero, como siempre, este batallón se enreda solo.”

Los tres intercambiaron miradas confusas.

“¿Cómo, exactamente?” frunció el ceño Tristan.

El hombre gordo parecía muy divertido.

“Los compañeros cabalistas de los estudiantes que intentaron matar a Song no fueron expulsados, lo que algunos llaman el precedente a seguir en esta ocasión.”

“El error de aquellos estudiantes fue la ignorancia, nada más,” objetó Song.

“¿Y qué es eso, sino un grado diferente de complicidad?” se encogió de hombros. “O al menos esa es la tesis. La otra parte insiste en expulsarlos.”

“Y si tuvieras que apostar por uno,” sugirió Tristan con suficiencia.

“Les pondrán una marca en su expediente y una palmada en la muñeca,” dijo Wen con crudeza. “La sentencia de la Desolación no es solo un castigo severo, es una forma de silenciar esto. No pueden justificar la misma pena o una horca para esos tres, y si los expulsan, sus patrocinadores seguramente presentarán protestas ante el Comité Oculto.”

“Lo cual implicaría que se reabrirían las irregularidades portuarias alrededor de Palmyra en la investigación,” explicó Song.

Ah, pensó Tristan. Alguien estaba cubriéndose las espaldas.

“Y eso significaría que alguien bastante importante en la cadena de mando de Tolomontera sería degradado,” concordó Wen. “Si les dan una segunda oportunidad a los rezagados con una marca en su expediente, se cubren las espaldas. Ya sea que los tontos vuelvan a molestarte y tengan cuerdas para colgarlos, o que te eviten como la peste, y así se salva la carrera de futuros prometedores.”

Lo suficiente, meditó Tristan. La guarnición lo usaba como carnada, pero también le liberaba las peores de sus enemigos y le respaldaba en un sentido más amplio. Esto debía ser lo que se siente al vivir en el Casco Antiguo y tener a la Guardia de tu lado, a menos que te quemaran los dedos, de todos modos, pero así es el mundo. Qué extraño, tener las armas de tu lado, pero no sentirte completamente...

“Es injusto que la guarnición lo utilice como cebo,” soltó Song. “Han fallado en su deber de cuidado hacia un estudiante en dos ocasiones, y—”

“Y debes hacer las paces con ello,” aconsejó Wen, “porque armar un escándalo hará que esos mismos oficiales que ahora te dan palmadas en la espalda pierdan esa actitud amigable en un

abrir y cerrar de ojos.”

Su interrupción había sido tan inesperada—y casi absurda—que Tristan tardó un momento en asimilar la sorpresa. Sin embargo, esto era un callejón sin salida, así que ahora tomó la palabra.

“Song,” dijo Tristan, y cuando ella se giró, él negó con la cabeza.

Nadie exigía nada de la Guardia salvo los nobles que la mandaban, y intentarlo era una buena manera de acabar con las piernas rotas. Mejor aceptar la palmada en la espalda que arriesgarse a que esa misma mano sea reemplazada por un cuchillo. Los labios de Song se estrecharon, pero tras un momento asintió.

Que pareciera realmente enojada en su nombre era... bueno, algo.

“Gracias por tus consejos, Capitán Wen,” dijo con rigidez.

Wen la observó por un momento, luego suspiró.

“Elige tus batallas, Song,” dijo. “A veces es gratificante gritarle al pozo, pero no hay nada que sustituya una cubeta.”

“¿Es así como terminaste en el Dominio?” preguntó Tristan. “¿Gritándole a un pozo?”

Wen soltó una risita nasal.

“Supongo que podrías decir que el pozo le contestó,” afirmó. “Y eso es todo lo que obtienes de mí, rata.”

Recogió otra tarta.

“Ya pueden irse,” les dijo. “Tengo un asunto social importante que atender.”

“¿Quieres un poco de turrón?” preguntó Song con indiferencia.

Wen la miró con desdén a través de sus gafas doradas. Parecía una pregunta inocente, pero esa reacción demostraba todo lo contrario.

“Khaimov, cada vez te vuelves mi favorito de este lamentable grupo,” le respondió.

“Yo también tengo un capitán preferido, señor,” le aseguró Maryam.

Hubo una pausa.

“Aunque Yue casi me ahoga, así que más que un concurso fue una coronación,” agregó.

“¡Maldita sea, esto es como Mandy otra vez!” murmuró Wen. “Salgan antes de que los vuelva a ofrecer para limpiar los cloacas del cuartel.”

No sonaba como una amenaza vacía, así que decidieron retirarse rápidamente. Se apresuraron por la calle, lo suficiente para oír cómo las olas rompían contra la orilla, y Tristan miró hacia las luces del Orrery. La noche se hacía más tarde. Maryam también lo notaba.

“Si queremos volver a una hora decente, deberíamos salir pronto,” dijo.

“Vamos,” aceptó Song. “Ya es hora de cumplir con un asunto pendiente hace mucho tiempo.”

—

No era un camino largo hasta su destino: una casa en la calle Septim, al este del gran taller que la Sociedad Umuthi había construido para sus estudiantes.

Utilizaban esas altas ventanas con arcos para orientarse, facilitado por las luces de colores que brillaban desde ellas. A veces, los cristales temblaban, y había suficiente humo saliendo de las chimeneas del taller que parecía que los Tinkers habían traído una porción del infierno. Aunque estaba cerca del extremo este de Templeward, aquel barrio no era particularmente concurrido en Allazei—principalmente, creía Tristan, porque allí había más almacenes que hogares. Song estuvo de acuerdo cuando compartió ese pensamiento.

“Supongo que alguna vez hubo una puerta que conectaba los muelles con este lugar,” dijo. “Solo la Guardia quiere una fortaleza en Allazei, no un puerto comercial, así que supongo que estuvo vallada.”

“La guarnición utiliza almacenes al norte de los cuarteles,” compartió Maryam. “Eso explicaría por qué no les importa que estos se estén cayendo a pedazos.”

Song había mencionado un techo verde y un sótano, y aunque el primero no era tan raro, Septim Street solo tenía una casa con tejado verde y una puerta al sótano en el lateral. Mucho menos una bodega cerrada con llave. Tristan se arrodilló junto a ella, consciente de que las herramientas que le permitirían abrirla rápidamente probablemente estarían al otro lado de la cerradura.

“¿Puedes abrirla?” preguntó Song.

Si no, habían traído las herramientas para destrozarla. Tristan empujó la cerradura, leyó la marca del fabricante y resopló.

“Es una cerradura Gongmin,” soltó con desdén. “Claro que puedo abrirla.”

No necesitaba herramientas de ladrón adecuadas para una Gongmin, solo un par de horquillas finas. Hubo un pequeño combate para encontrar el ángulo correcto, una horquilla clavándose en su palma, pero luego se abrió con un clic que resultó sumamente satisfactorio. Se giró para mirar hacia atrás, recibiendo un aplauso cortés de Maryam y una mirada horrorizada de Song.

“Pensé que las cerraduras Gongmin eran de buena calidad,” dijo ella. “El estudio de mi padre usa una.”

“Son de buena calidad, pero aún así hechas en un taller,” respondió él. “Una vez que aprendes cómo abrir una, puedes abrirlas todas.”

“Eso pone en evidencia que nuestra casa está detrás del trabajo terrible de un antiguo cultista asesino,” observó Maryam. “Veamos si puedes abrir esa con horquillas, Tristan.”

Él levantó los ojos con cansancio, aunque podía ser algo que valiera la pena consultar con la profesora Sizakele. Al final de la lección, ella se mostraba más conversadora cuando envejecía. Apartó la cerradura, Tristan resopló y levantó la puerta del sótano. No había luz en el interior, pero habían traído un par de linternas y sus bolsos. Una breve escalinata los llevó a un sótano bastante pequeño, todo de piedra desnuda y oliendo a humedad.

Sus pertenencias, curiosamente, estaban ordenadamente apiladas en una esquina del sótano, con las más delicadas guardadas en un cofre de madera para evitar que se dañaran con la lluvia. Sin llave.

Tristán rápidamente tomó las dos posesiones que más le importaban: su encantador sombrero tricorné, que se puso de inmediato, y la pistola de Yong, que guardó en su cinturón, y luego se dirigió hacia la esquina opuesta con una linterna. Allí, la Novena Brigada guardaba los bienes con los que no quería correr riesgos de ser descubierto, que eran...

“Principalmente drogas,” informó, revisando los cofres. “Algunas botellas que podrían ser alquimia o veneno, partes del cuerpo de lemures y...”

Frunció el ceño, inclinándose hacia adelante. Montones envueltos en tela encerada.

“Libros,” dijo, hojeando algunos volúmenes. “Conocimiento restringido, supongo.”

No todos eran de ese tipo, descubrió después de revisar un ejemplar en Samratrava que llevaba ilustraciones de personas desnudas en varias posiciones, más propias de contorsionistas que de amantes. Considerando todas las cosas, uno parecía mucho menos peligroso que escucharlo con los ojos sangrantes dibujados en la portada, que el otro, que te animaba a hacer eso mientras también hacías la división.

“Algunas de estas cosas podrían tener buen mercado,” comentó Tristan. “¿Song?”

La capitana frunció el ceño.

“Estoy inclinada a dejarlo,” dijo. “Recuperar nuestras pertenencias del Noveno es una cosa; tomar las suyas, otra.”

De verdad, esa era también su postura.

“Nos pegaron como si quisieran, así que deberían dejarlo así, siempre que no hagamos escándalo por recuperar lo nuestro,” estuvo de acuerdo. “Con Tredegar fuera, realmente no hay razón para tener malos sentimientos con Camaron y su gente.”

—Nos robaron— argumentó Maryam—. Sería justo devolverles el golpe.

—Las hachas no siempre son la solución— le advirtió Song.

Cómo Maryam, que apenas podía manejar un cuchillo de cocina sin perder un dedo, resultaba ser mortal al lanzar hachas, era algo que Tristan debería investigar.

—Entonces, incendiamos esta casa— propuso ella—. Así no quedará prueba alguna de que fuimos nosotros.

—A menos que nuestros bienes vuelvan a nuestras manos— apuntó Tristan—. No merece la pena el problema, Maryam. Aunque, pensándolo bien, si tuvieran oro por ahí...

Un poco de interés por los objetos prestados no sería exagerar demasiado.

—Pero no lo tienen— afirmó tajante Song.

—No lo tienen— aceptó él.

Maryam cedió, aunque gruñó todo el tiempo, y empacaron sus posesiones. Como Song les había advertido, ninguna de las pertenencias de Tredegar estaba allí. Era atrevido de Sebastián Camarón intentar apropiarse de alguien que había humillado públicamente a su propio sicario, pero aquel chico parecía criado en la creencia de que las consecuencias solo ocurren a los demás.

Los tres retomaron la calle, dirigiéndose hacia Templeward, y solo cuando estuvieron cerca de ese gran bulevar Tristan se permitió la curiosidad.

—¿De qué trata tu carta, en realidad?— preguntó. —Mejor que la revisemos antes de volver a la cabaña. No quisiera tener que regresar esta noche.

Song le lanzó una mirada que dejaba claro que no se dejaba engañar por esa excusa en lo más mínimo, pero tomó su carta igualmente. Rompió el sello y desplegó la hoja, sus ojos moviéndose de izquierda a derecha. Un momento largo pasó.

—Ah— dijo.

—¿Ah?— preguntó Tristan.

—Parece que nuestro viaje al Rectorado de Asfodelo no es tan lejano como nos hicieron creer— declaró Song Ren—, y tengo mucho de qué hablar con Angharad.